



Porque el hombre no puede escapar a su destino

55

S

í, ya lo sé: tendría que hacer otra vida, menos gris,
menos sucia, y para ello cambiar de muchacha,
si estuviera a tiempo y me quedara alguna,
y del amor disponer los mapas, tesoros y misterios,
y tras la noche recobrar sin amarillo el eco
de unos dulces ejercicios al dictado
y a través de ellos enhebrar los ositos de trapo
en que cifro los recuerdos
de una infancia mutua. Sobre el cuerpo de la lluvia
he de arrojarlos, si el tiempo amenaza con herirlos,
para que renazcan y por si se acompañan
con las afiladas cinturas de las cabinas de teléfonos.
De las madrugadas la soledad es la mordaza,
pero no he de perseguir de verdad este sueño
y he de dejarlo como tantos otros en suspenso,
tras el modo en que necesito decirme que estoy vivo.
Porque los poetas somos tipos tremendamente cursis
y a quienes nos gusta reunirnos sobre papel, sobre ceniza,
para morder amores o nombres, poner labio o cintura
a las memorias del amor y de los anochecidos nombres en las tristes
procesiones de los días. Y en esto nos consumimos.
Porque el hombre no puede escapar a su destino. La cuchilla de agua de
la luna
en esta noche, inmerecidamente.
Pega el silencio entre las manchas de los árboles,
capas oscuras, vetas de lava iluminadas.